

NOTAS CRITICAS

AUTORES E IMPRESOS TUDELANOS

Hace treinta años publicó José Ramón Castro, catedrático de Historia y Director del Archivo General de Navarra, un interesante libro titulado *Ensayo de una Biblioteca Tudelana*. Y ahora, sumando a las antiguas fichas, las numerosas que ha ido redactando en este tiempo, nos presenta un volumen remozado, nuevo podríamos decir y un tanto engrosado, con el título de *Autores e impresos tudelanos*.

No son ciertamente muchas las obras de esta clase, sin duda por su aridez y el trabajo ingrato que representan. Dentro de nuestra tierra —ya lo indica el autor— contamos con la trilogía formada por Arigita, Altadill y P. Pérez Goyena, los tres desaparecidos. No podemos menos de ponderar por todo lo alto la labor de este último, sobre todo, que no ha podido ver enteramente publicado el fruto de sus esfuerzos.

La Tudela cultural nos muestra un respetable contingente de autores ya a partir del siglo XII, que suenan a internacional. Ahí están para evidenciarlo, los nombres de Abraham Ibn Ezra, Yehudá, Benjamín de Tudela y Guillermo de Tudela, que cuentan con una abundosa bibliografía. Si del lejano Medievo nos trasladamos al Renacimiento, nos encontraremos con una no despreciable hornada de figuras interesantes: los Tomamira, los Arbolancha, los Gaztelu, los Abril, los Servet. La poesía, el humanismo, la teología, la medicina, la cosmografía, tienen su representación en estos hombres. Casi asombra que, una población relativamente pequeña, pueda ofrecer un plantel tan respetable de intelectualidades. La imprenta llega a Tudela con cierto rezago, y ha de amanecer el año de 1572 para que salgan a luz aquí los estudios gramaticales del citado Abril. El siglo XVIII conocerá la onda expansiva de un pueblo, que aspira con su famosa Sociedad Económica de Amigos del País, a renovar la vida y estimular las cansadas fuentes de riqueza. Ello supone la existencia de un grupo de hombres selectos que han actualizado su ideario a nivel europeo. La centuria decimonónica nos mostrará también unos cuantos cultivadores de diversas disciplinas, Yanguas y Miranda, Martínez de Morentin, Anchorena, Iribas y otros vanguardistas de la cultura.

Tras esta ligerísima nómina de figuras, que se inicia luego de que Alfonso el Batallador «cristianó» a Tudela a principios del XII, si vale la palabra, vamos a internarnos un poco en el libro que hojeamos. Del siglo XV solamente hay una obra, atribuida a Tornamira. En el XVI llaman la atención las diversas ediciones de las obras teológicas de Servet. Vienen luego el jurista Pasquier, el poeta Arbolancha, tan vapuleado por Cervantes, autor de Las Havidas, y Francisco Vicente Tornamira, con su Cosmografía. No pueden faltar las ediciones impresas del famoso viajero medieval Benjamín de Tudela, traducido a diversos idiomas.

El siglo XVII conoce a escritores como Aingo de Ezpeleta, Juan Tornamira (gente espabilada los de este linaje), autor de una biografía de Jaime el Conquistador; los también historiadores Mur y Castillo, el tratadista de farmacopea Martínez de Leache y el canónigo Conchillos. En el XVIII, el haz de autores se espesa lógicamente, con los nombres de Castillo y Artiga, La Torre, Díaz Brabo, Sartolo, Ruiz de Conejares, Juan Antonio Fernández y Marqués de San Adrián, por no alargar la lista. Con razón destaca el autor los méritos extraordinarios de los archiveros Ruiz de Conejares y Juan Antonio Fernández; el primero, como catalogador de la copiosísima documentación de la Catedral, y el segundo, como autor de una *Colección Diplomática* de la Orden de San Juan. En cuanto al obispo de Durango en Nueva España, José Vicente Díaz Bravo, escribió unas voluminosas *Memorias históricas de Tudela*, recientemente publicadas por el mismo autor de este libro. Los *Amigos del País* dejaron constancia de sus actividades y afanes, en un breve historial y estatutos que se publicaron en 1778.

La centuria pasada se decora con la figura verdaderamente extraordinaria de Yanguas y Miranda, cuyas obras rebasan el ámbito local ampliamente. Díganlo sino su *Diccionario de Antigüedades* de Navarra, su *Diccionario de los fueros y leyes de Navarra*, su *Historia compendiada del Reino de Navarra* y otras creaciones, así como la publicación de la *Conquista de Navarra* por Correa y la *Crónica del Príncipe de Viana*. Su preparación, buen criterio, solvencia científica, precisión de concepto y claridad en la exposición, hacen que en el día sigan en plena vigencia estas publicaciones en su mayor parte, como hace más de un siglo. Encasillado en el partido liberal, su filiación política no es incompatible con su entrega a un pasado foral ni impide que su superiorísima preparación le haga artífice o poco menos de la Ley Paccionada de 1841, que salva lo salvable al final de la Guerra Carlista. El año pasado, Tudela honró su memoria con motivo del centenario de su muerte, como hiciera poco antes con Benjamín de Tudela. Y lo que es más positivo y duradero, Castro hizo una completa biografía del personaje.

Otro historiador de la Ciudad a fines de siglo es Sodornil, autor de unos *Apuntes histórico-religiosos*. Como reflejo de una época de romanticismo, se nos parece Manuel Martínez de Morentin, un gran santón del liberalismo tudelano hasta las últimas consecuencias y autor de varios libros de tipo filológico. Sus inflamados partes del tiempo de la Guerra Realista, que se conservan en el Archivo General, son una buena muestra de sus convicciones. Poco hay que decir de nuestro siglo, que en el libro de Castro ocupa un buen espacio. Firmas destacadas y de todos conocidas en los campos histórico, literario y jurídico (el malogrado Fuentes, Iribarren, Salinas Quijada, Gil Munilla, Ubillos, Sainz y Pérez de Laborda, son la expresión más elocuente y afortunada de la vitalidad intelectual de la ciudad del Ebro).

En fin, más de un millar de papeletas, muchas de ellas nuevas y otras actualizadas, son el mejor homenaje que podía dedicar el autor a su ciudad natal. No hace falta recordar que a Castro corresponde una óptima aportación en el mundo de la Historia y del Arte en estos treinta y pico de años últimos, encabezada con sus Catálogos de Contos del Archivo General de Navarra, que alcanzan hasta el final de Carlos el Noble. Muy útil la serie de esbozos biográficos que siguen al Catálogo propiamente dicho, y los apéndices documentales. El Patronato José María Cuadrado, abre sus publicaciones, en buena hora con este libro.

NOTAS CRÍTICAS

Acabo con las mismas palabras que el propio autor ha tomado oportunamente de Muñoz Romero, y que constituyen su mejor elogio: «La utilidad de los trabajos bibliográficos la reconocen casi todos, pero las fatigas que cuestan, sólo las saben las personas estudiosas y los que se dedican a investigaciones históricas y literarias».

F. I.

JOSÉ RAMÓN CASTRO. *Autores e impresos tudelanos*, 489 págs., con ilustraciones. José M.^a Cuadrado. Institución "Príncipe de Viana", Patronato C. S. I. C., 1963.

ARTE RELIGIOSO EN UN PUEBLO DE ESPAÑA

En el retiro apacible de su casa de Corella, José Luis de Arrese ha hecho un gran libro, que es una huida de sus continuadas tareas políticas (no hace falta presentar al hombre de gobierno) y un encontrarse en sus viejas aficiones históricas y artísticas. No en balde es además arquitecto y tiene en su haber una larga serie de construcciones de todo tipo, religioso y civil, aparte de varias restauraciones de importancia. Díganlo sino los trabajos realizados en la misma Corella, a la que con tanto mimo ha tratado y trata en todos los terrenos.

No es, pues, una obra política la que nos ofrece el exministro y actualmente Presidente del Patronato «José María Cuadrado» y de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Sus primicias en este terreno de la Historia, nos las había brindado en «El músico Blas de La Serna y su contorno corellano» y «La historia de una casa», referida al solar de los Arteta, hidalgos de la ciudad del Alhama, aparte de otros trabajos de menos cuantía. La gran sorpresa ha sido este libro voluminoso, maduro y atrayente, que nos presenta. Se trata de un retazo de la gran historia del Arte en España, que él hubiera querido emprender, exhumando la gran cantera virgen de los archivos; pero, aunque ceñido al barroco de Corella, presenta el mayor interés, porque es a base de las monografías locales y sabiendo renunciar a grandezas, como se irá rehaciendo el legado artístico e histórico del pasado.

Para ello, ha profundizado hasta el fin en los archivos locales y en los de protocolos, aparte de una consulta amplia de autores. Por experiencia sé la paciencia y esfuerzo vocacionales que esto supone, y estoy —creo— en condiciones de comprender y estimar los trabajos de los demás. Y luego, el captar lo sustancial, hacer el entramado e interpretar. Arrese logra con creces —y es un ejemplo edificante— mostrar el arte religioso corellano encajándolo en su historia local, ya que historia y arte no se pueden encasillar separadamente, so pena de una visión incompleta del problema.

Por eso, amén de un repaso a las lejanías medievales de la que fue villa hasta 1830, familias, artistas y personajes, desfilan incesantemente a través de las macizas páginas —materia le sobra— y rehace sus contornos hasta lo hondo. Nos descubre insólitos rastros del Ticiano, Van Dyck, Ribalta Oriente, Coello, Berdusán, Goya, Esquivel, y muchos más de segunda fila. Prueba de que en pueblos escondidos y ciudades menos conocidas, se encierra a veces un mundo inédito que necesita quien lo pulse y lo airee.

Viene a ser el trabajo de Arrese una especie de canto al barroco corellano; Corella se justifica en el barroco, es la conclusión del autor. El alma de esta

población ribereña encajó plenamente en las ideas estéticas de aquella época artística y he ahí la floración espléndida de retablos, esculturas, cuadros, que exornaron sus iglesias, conventos, ermitas y casas particulares. Aquellos espléndidos solares fueron cuna de hidalgos, que residieron en el lugar, o no olvidaron a su patria chica, si por sus cargos en la política, en la milicia o en la iglesia, hubieron de emigrar. Y ya en plena época romántica, nos encontramos con una pléyade de figuras de excepción.

Basta seguir a Arrese para ir descubriendo hombres y cosas. Por ejemplo, que en Corella nació el primer director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, don Antonio González y Ruiz; que el general Pérula, cambió su pluma de escribano por la espada; que Mendiri, buscó la plácida calma corellana en su ocaso; que el ministro Arteta (del solar de los Heredia-Arrese), soñó con un ferrocarril que enlazase Madrid con París, pasando por Corella; que los Alonso, Conejares y Colmenares, fueron titulares del Ministerio de Justicia, y Escudero del de Marina; que García Loigorri fundó el Arma de Artillería...

Pues bien, los ascendientes de estos ilustres varones, amos de una veintena de casonas de vistosos escudos, son los que fueron haciendo la historia local y los que llevaron a los artistas de su gusto a llenar los templos con medio centenar de retablos, de que Arrese nos da noticia exhaustiva, sin limitarse a lo puramente artístico, sino dando además la historia de cada iglesia, de cada convento, de cada ermita, e insistiendo naturalmente sobre los siglos XVII y XVIII, epicentro de su ímproba tarea.

Las parroquias de San Miguel y del Rosario, los monasterios de Carmelitas Descalzas, Madres Benedictinas, Carmelitas Descalzas y Combonianos; las ermitas de Nuestra Señora del Villar, Mismanos, San Juan, Araceli, etc.; colecciones de casas, como las de Escudero y del propio Arrese, llenan las 600 y pico de páginas de tan trabajado libro, que lleva 189 láminas, muchas de ellas de las citadas colecciones. No estará de más decir, que Arrese ha formado su museo con tallas, cuadros, (de dudosa atribución a Berdusán varios), retablos y piezas de diferentes procedencias, al que modestamente califica de «intento cariñoso», pero que es algo más, un museo de verdad.

Nuestra felicitación al autor, que tan gran contribución ha prestado a la historia y al arte de Navarra. La presentación del libro es verdaderamente magnífica y ha sido realizada bajo los auspicios del Patronato «José María Cuadrado» y la Institución «Príncipe de Viana».

F. 7.

JOSÉ LUIS DE ARRESE. *Arte religioso en un pueblo de España*. Madrid, 1963, 622 págs. y 189 láminas.